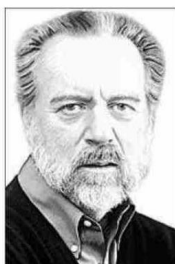


COLUMNA DE OPINIÓN

Las humanidades y las ciencias exactas

El debate acerca de la educación y el desarrollo del país, y del papel de la ciencia, y si es necesario, y cuánto lo es, inculcar en la educación el cultivo de la cultura, las artes y las letras, así como de cuánto de formación práctica es indispensable, no es nuevo en el país. Ya Francisco Antonio Encina lo abordaba y "Nuestra inferioridad económica", de 1912, con otras palabras, gira en torno a estas disyuntivas.

En estos tiempos de cultura de masas —muy distinta a la antigua cultura popular—, se debe explicar el sentido a cada generación de manera renovada. No solo en nuestra cultura tecnocrática constituye una empresa casi cuesta arriba el defender las humanidades. El asunto es que, con la conjunción entre la ciencia moderna y la revolución industrial, este dilema ingresó a una nueva etapa de la historia humana, y se incrementa la aparente contradicción entre el mundo de las ciencias exactas y aquel de las humanidades, las artes y las letras (que incluye en gran medida, me parece, a las ciencias sociales), que no ha hecho más que agudizarse. Su patología se expresa en los frenesíes modernos de la cultura de masas en sus formas más degradadas, incluyendo la difusión de



Por
 Joaquín
 Fermandois

las drogas, especie de revancha de un trasfondo anímico y espiritual exiliados, ahora en alegre autoexterminio.

Nada de esto reniega de la firme creencia de que nuestro país requiere con urgencia que se cultive más STEM (sigla en inglés muy empleada para designar el cuarteto de ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas) en todos los niveles de la educación, sin por ello traicionar ni un ápice la defensa de las humanidades, que es el propósito que aquí abrigó.

Sería ciego no reconocerlo. Si es que pretendemos que nuestro país como civilización albergue una esperanza, requiere de las ciencias duras, otra

El fundamento basal de la existencia humana concreta no es solo biológico-natural, o solo un alma o espíritu.

forma de llamarlas. Estas pueden ser el genio que se escapa de la botella y nos aniquile; o pueden ser, junto con la capacidad de autoorganización de la que seamos capaces, la herramienta que nos coloque dentro de ese país modelo que todavía no lo hemos sido. Pero no seremos civilización si este camino de la razón científica, en el sentido moderno de la palabra, no estuviera en tensión creativa con las artes y las letras. Las humanidades, en suma.

Esa pregunta surge de una profundidad del alma donde radican las artes, las letras y las inquietudes espirituales, a veces en un solo momento,

lo que jamás abandonará al ser humano: qué hago aquí, por qué soy y en cambio no soy nada; por qué existo. La razón más o menos objetiva del nacer y el morir, y la vida que se halla entre medio, es un objeto de las ciencias naturales, pero lo humano en sí mismo no se deja explicar e interpretar solo por ellas. El sueño de la sociedad tecnocrática siempre se estrellará con una dura realidad inasible; el olvido del cultivo de las ciencias duras nos arruina como sociedad. Es el argumento último de por qué es un profundo error confrontar las humanidades con las ciencias duras en, por ejemplo, el diseño de las políticas educativas, sobre todo en la enseñanza básica y la media. Ciertamente, existe una tensión entre estos dos ámbitos, mas el fundamento basal de la existencia humana concreta no es solo biológico-natural; o solo un alma o espíritu.

Habría que rescatar una distinción que está en la base fundacional de nuestra civilización y que creo válida para todos los humanos: aquella de "cuerpo y alma". En nuestra existencia humana somos ambos a la vez. En el mundo cristiano, además, se explica como la "resurrección en cuerpo y alma", o el misterio de lo humano, quizás el Misterio. Se trata de dos polos de la misma existencia, o dos almas en un mismo cuerpo, aunque con un mismo corazón.

Si desea comentar esta columna, hágalo en el blog